

Vidocq \*\*\* 3 Estrellas

Uno, cuando comete la fechoría de nacer, automáticamente, y sin posibilidad de elección, se convierte en dos cosas. Hijo y vecino. ¿Explica este hecho la bonita y edificante expresión “todo hijo de vecino”? Les confieso que no tengo ni idea, y que, es más, por el bien de las escasas dos neuronas que aún creo conservar, nunca voy a esforzarme por tenerla...pero regresemos a la ortodoxia y sigamos.

El maravilloso mundo de la vecindad querido lector. ¿Se ha parado a pensar alguna vez en lo absurdo e hipócrita que puede llegar a ser la vida de un humano como vecino? Veamos, somos incapaces de saludar con un mínimo de educación al conductor del autobús que nos lleva al trabajo, a las personas que se cruzan en nuestro camino mientras compramos el periódico, al profesor de turno que aparece con su sombra péfida por el pasillo de la facultad y así a tantos y tantos otros...sin embargo, la mejor de nuestras oxidadas sonrisas se dibujará un lunes a primera hora de la mañana si nos cruzamos con ese vecino cuyo nombre, por supuesto, jamás hemos aprendido.

Música alta, goteras, perro aficionado al bel-ladrido, muelles de colchón, pelotas que caen sobre nuestras cabezas y van rodando lentamente hasta el otro extremo de nuestro techo, aparatos eléctricos que nos causan interferencias, absurdas peticiones de sal, azúcar, leche, coca cola y demás productos que a) hemos tenido que pagar con nuestro dinero b) hecho que al vecino le es totalmente irrelevante...etc etc etc Eso sí, jamás falta nuestro “hola” y nuestra ¿mejor? sonrisa.

Sí, se que usted, querido lector, sabe la diferencia que existe entre la bonita y entrañable relación que mantiene con su vecino del quinto (cuya mujer, ya sabe, jamás debe desear) y la relación, igual de entrañable e idílica que mantiene un país llamado España con otro llamado Francia. Aún así, es posible que, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, el noble y cálido pueblo francés le resulte especialmente irritante. En este caso improbable (y desconcertante para este, en ocasiones irónico crítico), le invito a que me acompañe por esta crítica y me deje convencerle para que se siente frente a su televisor e invite a la peli del vecino francés Pitof a pasar el rato en su salón.

Un debutante en el mundo del cine siempre es la promesa de un soplo de aire nuevo a la habitación habitualmente cerrada del séptimo arte. No es habitual acudir a una sala de cine sin prejuicios sobre el director, ni antecedentes con los que comparar y medir la película que vamos a ver. Cuando eso ocurre, como fue Vidocq para el debutante director francés Pitof, uno se siente esperanzado e ilusionado, y sobre todo, se siente más justo. No hay nada más aterrador que juzgar una película por el recuerdo de otra (George Lucas y su nueva trilogía debe saber más que nadie sobre este tema).

Desde el primer minuto de película, desde su frenético inicio, apreciamos en Pitof toda la fuerza e ilusión del debutante. Un ritmo vigoroso, un intento casi desesperado de crear, desde el primer fotograma un discurso propio con el que atrapar al espectador y cautivarle, en un más que correcto ejercicio visual. Recuerde Amelie, querido lector, y tendrá una idea aproximada del tono visual de Vidocq, poco formal, nada habitual y alejado por completo de la habitual sobriedad gala.

Sería este un buen instante para referirse al hecho de que Vidocq fue la primera película de la historia rodada íntegramente en formato digital, pero les aseguro que no tengo la menor intención de hacerlo. En mi opinión, poco o nada importa el cómo, cuándo o dónde se ha rodado una película. Solo me importa el resultado final, solo importa lo que llega a mis ojos, a mis oídos y a mi paladar. El resto, las implicaciones técnicas de la obra, para material para DVD y poco más.

De este hecho si es interesante quedarse con las implicaciones visuales y estéticas que el empleo de la cámara digital provoca en Vidocq. Colores poco habituales, con tonos debo confesar que extraños, poco habituales y que ¿deliberadamente? dotan a la película de un color y un aspecto diferente e interesante que creará, desde el primer instante, admiradores y detractores. Ahí radica el peligro, como diría Peter Parker, el don y la maldición de esta película: no dejará indiferente a nadie.

Pitof colabora en el guión y eso, la colaboración del directo en el guión, querido lector, siempre se nota en el ritmo y el desarrollo de una película. Da la sensación de que de esta manera la cámara sabe siempre, en cada momento, donde situarse y el ritmo del que dotar a cada escena. En este sentido Vidocq es frenética y vigorosa, pero por encima de todo constante, lo cual nos lleva al argumento. Aplaudo la manera (no original pero siempre efectiva) en que está contada la historia, en la que los personajes centrales de la película se mueven por la trama. Se atrapa la atención del espectador, se le introduce eficazmente en el desarrollo de la misma y se mantiene el interés durante todo el metraje.

Si en el apartado estético, la película supone una bocanada de aire fresco, en el apartado interpretativo la figura espléndida (en todos los sentidos) de Gerard Depardieu dota, tanto en su presencia como en su ausencia, de una categoría importante a la obra. La belleza serena de Ines Sastre (cuyo valor interpretativo le reconozco, querido lector, que aún debo determinar), y el resto del reparto funcionan a la mil maravillas dentro de la película, si bien en ocasiones (en la mayoría) en un segundo plano peligroso respecto al tono visual de la obra, pero en cualquier caso más que correctos. No estamos ante una película de las mal llamados “de efectos especiales” pero si es cierto que en algunos momentos da la sensación de que TODO está supeditado a lo visual.

Llegados a este punto, podría pensar que Pitof y su Vidocq no son más que la enésima película revelación que ha sido vista un millón de veces. Tiene derecho a pensarlo, es más, debe pensarlo porque está totalmente en lo cierto. Sin embargo, como me ha leído alguna vez en este mismo espacio, la clave de una película, la clave para su disfrute está en las expectativas con las que usted, como espectador, se enfrente a la misma. Por mi parte, si me acepta un consejo, simplemente tome algo fresco, siéntese frente al televisor y prepárese para pasar un buen rato, “tan solo” eso.

Vidocq ofrece entretenimiento con un cierto grado de mimo de lo estético, lo cual siempre es de agradecer. Durante sus cien minutos (inciso: nunca, jamás, juzguen una película por su duración. La buena película, dura exactamente lo que debe durar) se mantiene el interés, no se llega en ningún momento al aburrimiento y si se ha entrado de manera intensa en el universo visual y estético del director, el disfrute está más que asegurado suponiendo una excelente opción.

Si es usted de los que juzga a las películas por hechos tan “relevantes” como el país de procedencia, el género, los actores o el número de pantallas en que se estrena, además de estarse perdiendo gran parte de las obras maestras de la historia pasado, presente y futura del cine, echará en falta la potencia y contundencia del cine americano en Vidocq. Del mismo modo que “28 Días después” adolecía de la falta de pegada de los clásicos de George A. Romero pese a estar espléndidamente realizada, Vidocq peca en algunos casos del mismo defecto y puede llegar a sentirse forzada y pretenciosa, pero aún así, tiene la calidad suficiente como para jugar en la primera división del cine mundial. De hecho, los grandes ojeadores americanos ya han reclutado para la causa a su director, Pitof, para que lleve al cine las aventuras de Catwoman. Las redes de Hollywood son potentes....

Por tanto, una buena película, digna de ocupar cien minutos de nuestra vida y un espacio de unas cuantas pulgadas en nuestro salón junto al decodificador de Digital+. Podría decirse que Vidocq es al cine lo que una coca cola a la sed. Se disfruta, se agradece, se saborea perfectamente....y pese a que no termina de quitar la sed no nos arrepentimos de haberla consumido una vez más.

Lo Mejor: El tono visual, el ritmo, Gerard Depardieu, los efectos especiales, la intención (en ocasiones conseguida) innovadora. Entretiene sin problemas.

Lo Peor: El tono visual puede alejar a algunos espectadores, puede llegar a ser pretenciosa. El mundo digital le da un toque tan diferente que despierta melancolía del viejo mundo analógico...

Critico Cítrico.